

Donde estoy

JONATHAN MINILA ALCARAZ

P

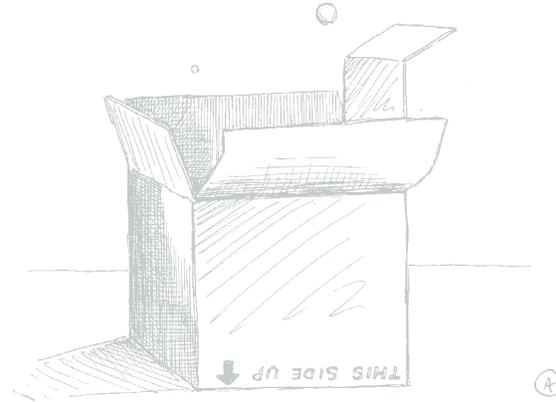
recisamente donde no imaginas, es donde estoy. No aquí, ahora, donde estas palabras podrían parecer la prueba de que permanezco sentado frente a esta hoja en blanco; no. Estoy allá; cerca, lejos. Exactamente donde tus ojos, las extremidades más largas, no alcanzan. Puedo figurarme cómo se alargan, buscan, y se cierran equivocados, pensando que estoy donde creen, o donde no, aunque en realidad sepan, que estoy en el lugar que no imaginas. Decir que soy estas letras sería un engaño, una





ilusión. Lo real es oscuro. Es esto que no miras, que no sientes, que no descifras. La luz que quizá no me cubre, los muros que tal vez son árboles, o no, o cualquier otra cosa. Nada existe precisamente como lo pensamos. Ni los rostros, ni las voces, ni los aromas. Es una tortura esforzarse y querer encontrar, reconstruir y dolerse los músculos de la impotencia. No lo hagas. Junta mejor tus párpados y forma así, con suavidad un sitio donde pueda estar, aunque en realidad exista aquí, o allá, o en cualquier parte. Hazlo de detalles, de sonidos. Transpórtame hasta ahí, con tus labios, y fórmame con el rostro que conoces, o que se forma en tu mente, por que es imposible que vaya a ser igual, como lo recuerdas o no. No importa. Fórmame como se hace con los recuerdos, de esencias, de invenciones sólo existen ahí, donde nada es, y todo. Así o diferente, como sea. Déjame ahí para que sea cierto. Para que tal vez, o realmente, pueda sentir aquello que has formado. Sustituye estas palabras por el lugar aquel que sólo pudo surgir de tu centro y que has creado para que sea el que no soy o el que soy realmente. No el que parezco ahora, y que se ha perdido como cada una de estas letras que han dejado de ser mías. No. Así como tú lo piensas, mejor. Con esa vestimenta, con esa mirada. De aquella forma que ni yo mismo puedo suponer. En un sitio que tal vez ni conozco. Pero que habrá de derrumbar aquel muro enorme que es el espacio que nos divide, como un eje, donde no estamos ninguno de los dos. Aquella nada que se expande o se contrae al ritmo de los sentimientos, con su propia sístole, su propia diástole, alejándonos, o poniéndonos uno al lado del otro. Como si estuviéramos sentados en torres separadas por un mar vivo, que nos permite ver detalles del rostro para luego arráncanos los ojos, y mandarnos lejos hasta donde no es posible distinguir nada. Así es aquel espacio que no compartimos, pero a la vez sí, por que es nuestro; el vacío que nos convierte en uno, y que nos pertenece. Nosotros somos los extremos de una línea que podría reunirnos en cualquier sitio, tal vez en el que ya has imaginado. Podríamos andar derecho, sin detenernos, hasta chocar de frente, y atravesarnos para seguir así, con las entrañas de cada

Aunque claro, indudablemente, estás frente a estas palabras, y puedo imaginar tus ojos, arrancándome a pedazos de esta página que se extiende mordaz sobre tu mano.



uno en los brazos del otro. Es nuestra distancia más corta. Cerca, o lejos, o a tu lado. En el sitio donde tal vez estás ahora, pero que no es el que imagino. Aunque claro, indudablemente, estás frente a estas palabras, y puedo imaginar tus ojos, arrancándome a pedazos de esta página que se extiende mordaz sobre tu mano. Podría ser que estés a mi lado, y que el espacio, el mar movable, sea sólo una cobija que nos separa, o un paso, o la puerta de la cocina, o uno de esos enojos que derrumban el mundo. Entonces, aprovecharía para agarrarte la mano, y llevarte conmigo, a ese lugar que me has inventado, o que yo he inventado para ti que tal vez no eres quien creo. Cerremos pues los ojos al unísono y brinquemos en el agua, en la cobija, en la puerta de la cocina, en el enojo. Así, del modo que sólo puede hacerse tras los párpados, desde donde se llega a cualquier lugar. Tal vez a ese donde estoy, o donde estamos por que así lo has querido. Dentro, exactamente, de esa ausencia que nos forma, y nos engaña, y nos tiene aquí, lejos, en un sitio que ninguno de los dos imagina, donde hay mañanas, y sol y luna, y dioses que mueren y que gritan, y que alcanzamos cuando quieren correr. Es inevitable. Estoy en el sitio que no imaginas, pero también allá, en el que compartimos y que has creado, donde existen cocinas, y enojos, y vida, y que prefiero sobre todas las cosas porque me mantiene dormido, soñando que no estoy en el sitio que no eres capaz de suponer.